



La vuelta al barrio en
80 HISTORIAS

Jefe de Gobierno

Jorge Macri

Ministra de Educación

Mercedes Miguel

Jefa de Gabinete

Julia Raquel Domeniconi

Subsecretario de Planeamiento e Innovación Educativa

Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretaria de Gestión del Aprendizaje

María Lucía Feced Abal

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración
de Recursos**

Ignacio José Curti

Subsecretario de Tecnología Educativa

Ignacio Manuel Sanguinetti

Directora General de Educación de Gestión Privada

Nora Lima

**Directora de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad
y Equidad Educativa**

Samanta Bonelli

La vuelta al barrio en

80

HISTORIAS

ISBN: En trámite

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa / Gerencia Operativa de Innovación y Contenidos Educativos, 2024.
Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Palabras de **bienvenida**

Quiero felicitar a los estudiantes por participar, por su creatividad y motivación y por el valor de sus obras.

Esta iniciativa tiene como propósito fomentar la lectura y la escritura en las escuelas primarias de gestión estatal y privada de nuestra ciudad.

La antología será un valioso testimonio de la creatividad de nuestros estudiantes y del compromiso de las instituciones educativas con una educación inclusiva y de calidad. Nos enorgullece acompañar y apoyar iniciativas que consolidan el desarrollo integral de nuestros estudiantes, promoviendo espacios de aprendizaje que articulan conocimiento, identidad y comunidad. Buscamos fomentar un espacio donde la diversidad de voces se entrelacen, creando un tapiz de historias únicas e inolvidables.

Javier **Simón**

.....
**Gerente de Innovación
y Contenidos Educativos**

Presentación de la **antología**

*“A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:
La juzgo tan eterna como el agua y el aire.”*

Jorge Luis Borges, en Fundación Mítica de Buenos Aires

La vida del barrio nos atraviesa. Nacemos, crecemos y desarrollamos nuestras actividades en ese conglomerado de calles, negocios, instituciones, espacios públicos, vecinos y familias. Cada barrio tiene características particulares que lo distinguen y otorgan, a sus habitantes, un sentido de pertenencia que suele pasar de generación en generación.

En esta búsqueda de identidad barrial, le pedimos, a chicas y chicos de 7º grado de nuestra ciudad, que escriban y cuenten sus vivencias. Y nos contaron cómo ven su barrio, cómo lo sienten, qué cosas transcurren en su día a día, qué sucedió allí tiempo atrás, qué historias o leyendas urbanas atesoran y hasta algunas tragedias que han ocurrido.

Esta invitación formó parte de un concurso de escritura llamado **“La vuelta al barrio en 80 historias”** destinado a alumnos y alumnas de escuelas primarias que tiene, como “broche de oro”, esta an-

tología con los diez cuentos finalistas, entre los que se encuentran los tres relatos ganadores.

Aquí podrán leer **Historias entrelazadas** de familias que muestran el paso del tiempo; **Flores entre recuerdos** nos invita a captar, a través de una lente, la belleza de lo cotidiano. Los sonidos del barrio quedan entremezclados en **La música que llevamos dentro**. Lo histórico se hace presente en **Casitas y barquitos**, mientras que los aromas nos envuelven en **Reflejos en el café**. Una singular vecina, **Ifigenia**, nos cuenta cómo es el barrio a través de su mirada extrañada. El terror y el misterio no podían faltar y llegan de la mano de **La leyenda de Elvira** y **Cuatro días en Flores**. Voces del pasado recrean un acontecer trágico donde se fundó una plaza en **Sanilatac sal ed oiretnemec le** y, para finalizar, **En mi barrio se florece** retrata la vida del barrio tal como es, con todos sus matices, luces y sombras.

En esta edición, el concurso de escritura “**La vuelta al barrio en 80 historias**” tuvo el honor de contar con un jurado integrado por notables autores de literatura infantil y juvenil: Adela Basch, Sebastián Vargas, Alberto Pez y Franco Vaccarini. Ellos fueron quienes leyeron los cuentos finalistas que habían sido preseleccionados por el equipo del Plan de lectura BA. Luego de deliberar, el jurado eligió los tres relatos ganadores:

1° puesto: **“Ifigenia”**

Autora: Catalina Aizemberg Giribone

Escuela N°5 D.E. 17

“Capitán Juan de San Martín y Gómez”

2° puesto: **“En mi barrio se florece”**

Autora: Solange Luján Chávez Castro

Escuela N°18 D.E. 14

“Cabildo de Buenos Aires”

3° puesto: **“Reflejos en el café”**

Autora: Luna Frischmann

Instituto “La Escuelita”

Para finalizar, queremos agradecer la participación de todas las escuelas, el apoyo de los docentes y, especialmente, a los chicos y chicas de 7° grado que se animaron a contar las historias de su barrio. ¡Y los alentamos a seguir escribiendo sobre otros temas que los entusiasmen!

Jurado notable

Adela Basch



Nació en 1946, en Buenos Aires, y nunca se mudó de esta ciudad. Es una escritora prolífica. Tiene publicados más de 100 libros entre los que hay teatro, narrativa y poesía. Desde 2002 dirige Abran Cancha, una editorial dedicada a la literatura infantil.

Dice Adela: *“Para no aburrirme ni quedarme quieta después de tanto andar corriendo, me dediqué a escribir... Mis obras de teatro se han estrenado, invariablemente, después de que las terminara de escribir.”*

Alberto Pez



Luis Alberto Quiroga, más conocido como Alberto Pez, nació en 1963, en San Juan. Desde pequeño eligió ser dibujante. Trabajó como ilustrador e historietista en distintos medios gráficos y editoriales argentinas. También se dedicó a la docencia. En los últimos años comenzó a volcarse a la escritura.

Dice Pez: *“Nací en una provincia de la Argentina donde el sol es rey y crecí bajo el amparo de las historias de un abuelo poeta y campesino.”*

Sebastián Vargas



Nació en 1974, en Buenos Aires. Es profesor de Castellano, Literatura y Latín, y trabaja desde hace muchos años como editor, corrector y traductor. Estudió varios idiomas y tradujo diversas obras literarias del alemán, inglés, francés y chino.

Dice Sebastián: *“Me gusta leer, escuchar música, jugar al ajedrez, ver películas. También corro, participé en varias maratonnes y ultramaratonnes (y siempre llegué)”*.

Franco Vaccarini



Nació en 1963, en Lincoln, prov. de Buenos Aires. A fines de 1983 se radicó en la ciudad de Buenos Aires, donde reside actualmente. Estudió periodismo y, como escritor, publicó libros para niños y jóvenes de distintos géneros: realista, fantástico, policial y de ciencia ficción.

Dice Franco: *“A mí me gusta pensar que con Bradbury empezó todo, por ejemplo: mi admiración por los escritores. A partir de Bradbury, descubrí que los escritores podían ser magos.”*

Historias **entrelazadas**

Calles empedradas, casas de historia y sueño, donde la vida brota como una flor en primavera.

La plaza central, un corazón que palpita donde niños juegan y abuelos narran historias. La fuente de agua, un profundo canto de sirenas que llama a la nostalgia y a la esperanza.

A una de esas niñas, Ludmila, le habían relatado las mejores historias jamás escuchadas, llenas de recuerdos y de alegría. Ella había crecido en un barrio humilde pero lleno de diversión. Cada tarde, se sentaba en el patio de su casa donde una anciana se dedicaba a tejer trenzas con amor en la sombra. Esa anciana era su abuela, que la veía como su luz. A la anciana le encantaba tejer trenzas, pero no solo de hilos, sino de recuerdos mágicos y llenos de esperanza e ilusión.

Al llegar a su adolescencia, Ludmila se dio cuenta de que los recuerdos no eran solo parte del pasado, sino que también se tejían en el presente. Cada amistad, cada aventura, cada sueño, cada risa, se hacía parte de su propia historia.

Sin que se diera cuenta, la vejez alcanzó a Ludmila, dejándola con demasiadas experiencias.

La encontró en la misma plaza en la que su abuela solía tejer las trenzas. Allí estaba Ludmila, pasando una tradición con hilos de recuerdos y nostalgia que tejía con dedicación y cariño. Cada trenza que tejía era una historia de amor, de dolor, de vida y de pasión. Cada hilo que dedicaba era un recuerdo que se entrelazaba

con el pasado, el presente y el futuro. La vieja tejía la bellísima historia del barrio con su gente, sus risas y sus lágrimas. Tejía la memoria de un pueblo que se resistía a olvidar el pasado. Pero para vivir el presente, hay que olvidarse del pasado.

Un día, la nieta de Ludmila se acercó a su casa y preguntó por el secreto de las trenzas mágicas que hacía. La vieja la miró, sonrió y le dijo:

—La memoria es un tejido delicado y no se debe tocar y las trenzas son parte de ello.

La niña aprendió a tejer y la vieja le enseñó a recordar. Juntas tejieron la historia del barrio y convirtieron la memoria en arte.

En un destello, el cielo se llevó a la anciana, pero los recuerdos continúan presentes. La muerte como una brisa se llevó a Ludmila y a sus risas, dejando su alma en paz. La niña, delicadamente, sigue el hilo, las historias de la anciana vibran en su corazón y el barrio susurra en cada trenza.

Así, en cada tejido, la historia persiste, la muerte no es un final, sino un ciclo lleno de memorias, donde la niña sigue creando y la anciana vive en cada hilo. La belleza de Ludmila sigue más allá de la muerte y se convierte en luz y sombra. Su risa vive en el tejido del tiempo.

Catalina **Litwin** y Marina **Ohanía**

.....
United High School

Flores entre **recuerdos**

En el corazón de Flores, un barrio vibrante de Buenos Aires, vivía Clara, una joven con una pasión inquebrantable por la fotografía. Desde pequeña había aprendido a ver el mundo a través de su lente, buscando la belleza en lo cotidiano. Sus paseos por las calles empedradas y los parques le daban inspiración, pero había algo más que la atraía: las historias de la gente que la rodeaba.

Un día, mientras caminaba por el Parque Chacabuco, Clara se detuvo a escuchar a un grupo de ancianos que contaban anécdotas. Eran relatos de tiempos pasados, de fiestas, amores y pérdidas. Intrigada, se unió a ellos y, con cada historia que escuchaba, su deseo de capturar la esencia del barrio creció.

Unos días después, Clara descubrió una librería antigua en una esquina olvidada. La entrada estaba adornada con plantas enredadas y el timbre sonó suavemente al abrir la puerta. El aire olía a papel viejo y, en una estantería, encontró un diario desgastado que hablaba de Flores en sus días de gloria. Las páginas estaban llenas de recuerdos, desde la llegada del tranvía hasta los bailes en el club del barrio.

Inspirada, Clara decidió llevar a cabo un proyecto personal: “Flores, entre recuerdos y realidades”. Comenzó a pasear con su cámara hablando con los vecinos, quienes la recibían con calidez y compartían sus historias. Desde la señora Rosa, que vendía empanadas en la esquina y narraba cómo su abuela había lle-

gado al barrio, hasta Diego, un joven artista que soñaba con exponer sus obras. Cada encuentro la enriquecía.

Las imágenes que capturó eran mucho más que fotos; eran fragmentos de vida, de risas y lágrimas. Un día, mientras fotografiaba la fachada de una cafetería que había estado allí durante décadas, se detuvo a tomar un café con el dueño, quien le contó cómo había visto crecer a varias generaciones de familias.

Clara decidió organizar una exposición en el centro cultural del barrio. Con cada foto y cada historia que quería mostrar, no solo la belleza de Flores, sino su esencia: un lugar donde el pasado y el presente se entrelazaban. La noche de la inauguración el salón se llenó de vecinos, risas y abrazos. Las historias compartidas resonaban y Clara se sintió parte de algo más grande.

Así, Flores no solo fue un escenario para sus fotografías, sino un hogar lleno de conexiones humanas. En cada sonrisa y cada abrazo, Clara encontró lo que siempre había buscado: la belleza de la vida misma reflejada en su querido barrio.

Mientras Clara se sumergía en su proyecto, comenzó a notar que no todos los vecinos estaban contentos con su trabajo. Algunos sentían que sus historias eran demasiado personales y temían ser malinterpretados o ridiculizados al ser expuestos públicamente. Una noche, en una reunión comunitaria, un grupo de vecinos se manifestó expresando su preocupación. “Clara, no todos quieren ser parte de este proyecto. A veces, las historias son privadas y dolorosas”, le dijo Marta, una mujer mayor que había vivido en Flores toda su vida. Clara, sorprendida, sintió cómo su corazón se hundía.

Había creído que su intención de celebrar la comunidad era bien recibida, pero ahora se daba cuenta de que había cruzado una línea.

Ante la presión, Clara decidió pausar su proyecto. Durante días caminó por las calles de Flores sintiéndose culpable y confundida. Se preguntaba si había hecho lo correcto al querer contar las historias de otros.

Sin embargo, el deseo de comprender y conectar la llevó a reflexionar sobre su enfoque. Clara comenzó a acercarse a los vecinos nuevamente, pero, esta vez, con un enfoque más sensible. Organizó reuniones en el parque invitando a todos a hablar no solo de sus historias sino también de sus límites y preocupaciones. Quería que cada persona se sintiera segura y respetada.

En una de estas reuniones conoció a Martín, un hombre que había perdido a su esposa recientemente. Al principio se mostró reacio a compartir su historia, pero Clara lo escuchó atentamente y le explicó cómo quería representar su vida sin vulnerar su intimidad. A través de una conversación sincera, Martín se dio cuenta de que, si bien había dolor en sus recuerdos, también había belleza y esperanza. Finalmente decidió colaborar mostrando a Clara que la vulnerabilidad podía ser una forma de sanación.

Con el apoyo de Martín y otros vecinos, Clara transformó su proyecto. En lugar de presentar historias individuales de manera aislada, decidió crear un mural comunitario donde las voces de todos pudieran ser escuchadas. Junto con los vecinos pintaron un gran mural en la plaza que representaba diferentes momentos de la vida en Flores: la llegada del tranvía, los bailes, la feria

de la esquina y las historias de amor y pérdida.

La inauguración del mural fue un evento significativo para la comunidad. Clara explicó el proceso detrás de su creación, destacando cómo cada historia había contribuido a la obra colectiva. A medida que los vecinos observaban el mural, muchos comenzaron a compartir anécdotas y recuerdos, riendo y llorando juntos. Aquella noche el aire se llenó de una sensación de unidad, como si el mural hubiera tejido los hilos de las vidas de todos en un tapiz vibrante.

Clara aprendió que el arte no solo debía ser un reflejo individual, sino un medio para construir conexiones. El conflicto inicial se convirtió en una lección invaluable sobre la importancia de la empatía y el respeto. A partir de entonces, su proyecto no solo fue sobre su visión artística, sino sobre la celebración de la comunidad y sus historias, donde cada voz contaba. Así, Flores se fortaleció y Clara encontró su lugar en un barrio que se había convertido en su hogar.

Lionel Radhames **Díaz**

Max Fernando **Muñoz Huaman**

.....
Escuela N°9 D.E. 11 - José María Paz

La música que llevamos dentro

Era una tarde calurosa de diciembre, en Parque Patricios, a pocas cuadras del Instituto Bernasconi. El aroma a madera en el taller del ebanista era intenso. Él ajustaba los tensores de las teclas del piano que venía fabricando desde hacía meses.

Esa misma tarde, en esa misma manzana, en una sala del hospital Maternidad Sardá, Julia sostenía en sus brazos a su hija menor recién nacida.

—Se llamará Teresa.

Cinco años más tarde, en la calle Rondeau, la puerta de la tienda del ebanista se abrió con un chirrido y al levantar la cabeza vio a un hombre alto que habló con un grueso acento italiano.

—Vengo a comprarle un piano a mi hija Teresa.

Con veintinueve años, Teresa tenía un aspecto frágil, pero maduro. Sus dedos delicados nadaban a través de las teclas con gracia melancólica. Ella era una mujer muy triste. Pequeñas lágrimas silenciosas brotaban de sus preciosos ojos verdes y caían sobre el papel de su tesis, una pieza musical recién empezada.

Pasaron los años y Teresa se casó y tuvo hijos, a quienes crió en el hogar de su infancia, sobre avenida Caseros. Su piano nunca había dejado de acompañarla, haciendo sonar la música que representaba los de-

seos más profundos de su corazón. Próxima a alcanzar su meta y finalizar su tesis para presentar en el conservatorio, estaba por registrar en su pentagrama la última nota musical. Pero en ese momento, el piano se sumió en un sombrío silencio de abandono. Mientras juntaba polvo, el antiguo instrumento lloraba y llamaba con anhelo a su dueña, pero ella ya nunca más podría volver.

No fue hasta varios años después, que el piano volvió a encontrar su música. Una tarde, al regresar de un paseo por el parque La Vuelta de Obligado, unos dedos pequeños, manchados con dulce de leche, rompieron el silencio. Tenía los mismos ojos verdes, el mismo pelo enrulado... su bisnieta, Teresita.

Como su bisabuela, ella creció con el piano a su lado, sanando todos los pesares que llevaba adentro con alegría. Sus dedos bailaban sobre las teclas, secando las lágrimas de tristeza y reemplazándolas con risas rebosantes de gozo. Sin embargo, quedaba aún algo sin terminar... la tesis, la pieza musical de Teresa.

Cuando la encontró, Teresita tenía veinticuatro años. Al intentar tocarla, una lágrima penosa se escapó de su mirada por primera vez. Empezó a conocer a su antepasada, nota por nota, a través de su música. Pero cuando llegó a los últimos compases se dio cuenta de que algo faltaba. La pieza final del rompecabezas. Ella lo intentó todo, pero ninguna de sus melodías animadas encajaban con la pieza pesarosa.

La pianista envejeció y con la muerte de su querida hermana, su alegría se desvaneció. Finalmente com-

prendió los padecimientos de Teresa. Colocándose en su lugar, tocó la pieza entera incluyendo la nota que le faltaba, otorgando paz al recuerdo de su bisabuela, al de su hermana y, especialmente, a sí misma. Aquella noche, contemplando el cielo estrellado que iluminaba la avenida Caseros, su alma dejó su cuerpo anciano y fue despedida por una última melodía.

Teresita **Andreone**
.....
Colegio Los Robles

Casitas y barquitos

Benito estaba jugando con unas cajas de cartón. Le gustaba imaginar que eran un pequeño barco, como los que había visto en aquellos polvorientos libros que se encontraban en unas altas estanterías en la Casa de Niños Expósitos, en el barrio de La Boca, donde vivía. Era un lugar que no tenía una apariencia muy atractiva, había partes del techo que se habían derrumbado por algunas tormentas o paredes que no tenían una sola gota de pintura, como al niño le gustaría. Sin embargo, tenía sus toques de encanto, como las gradas en la entrada del refugio o la fuente en el centro de un patio interior lleno de enredaderas y pequeñas flores doradas, que solo dejaban rastro en épocas de primavera.

Benito tenía cuatro años y el pelo marrón despeinado escondido bajo su boina de tela, haciendo juego con su camisa. Lo habían abandonado cuando era un recién nacido, en 1890. Si bien Benito no tenía muchos amigos, un día como cualquiera llegó una pequeña niña al hogar con una cabellera castaña larga recogida en un rodete, con unas ligas azules y unas pequeñas pecas sobre su nariz respingada. Se llamaba Camila Isabella y, al igual que a Benito, le gustaba jugar con cajas de cartón, pero ella prefería fingir que se trataba de pequeñas casas de colores. Se hicieron mejores amigos, jugaban a las escondidas, a la mancha y, por supuesto, con las cajas de cartón que se encontraban siempre en una alfombra en el medio de la sala. Ambos se entusiasmaron con ese pasatiempo todas las mañanas, para lue-

go sentarse en una pequeña mesa de madera áspera e ilustrar su reciente actuación.

Cuando ambos ya habían cumplido los cinco años, la receptora del orfanato los enviaba todos los viernes a comprar chapas para el humilde lugar. Cualquier tipo de lluvia o ciclón estaría amenazando con la estabilidad del mismo y eran necesarias unas cuantas para que el agua que entraba por las goteras no fuese tan excesiva. Siempre pasaban por La Curva hasta una vieja ferretería al final de la calle y, con el dinero que les habían dado, adquirían tres o cuatro pedazos de metal. Sin embargo, con el cambio que les quedaba, siempre compraban unas chapas de menor tamaño para pintarlas más tarde con todas las ideas que les generaban sus juegos juntos. Se solían sentar en un banco de madera al extremo de La Curva mirando hacia el puerto, mientras coloreaban con unas témperas que llevaban en el bolsillo. Dibujaban nubes, personas, niños, pero lo que más ilustraban eran los barcos que veían desde allí y las casas que se encontraban a sus espaldas. Si bien cada uno pintaba lo suyo, ambos siempre usaban colores muy saturados, generalmente amarillos, rojos o azules.

Un día, mientras estaban pagando, a Benito se le resbalaron de la mano las pequeñas monedas de bronce del cambio, así que no pudieron adquirir la misma cantidad de chapas que lo habitual. Se despidieron del hombre de la tienda y se dirigieron al mismo banco donde se instalaban todos los viernes.

—¿Y ahora qué? —exclamó Benito cabizbajo con una mirada decaída.

De pronto, una servilleta arrugada voló desde

un puesto de comida, atascándose en el pelo castaño y rizado de Camila. Ella la tomó y se la enseñó a Benito mientras la abría cuidadosamente por miedo a romper el delicado trozo de papel.

—Podemos pintar en esta servilleta, pero... si dibujamos barcos serían muy pequeños como para colorearlos —exclamó Camila para animar la situación.

El niño se volteó y contempló todas las casas de La Curva. Eran grises, aburridas. Se podía observar el polvo que volaba cerca de las ventanas y que luego caía al piso, tornándose de un color grisáceo y decaído.

—Nunca había notado que este lugar estaba tan lúgubre... ¿Y si lo dibujamos más alegre?

Pasaron minutos que se transformaron en horas, hasta que terminaron. Habían creado una calle llena de sus colores favoritos, con ventanas para que cualquiera se asomase a recibir los rayos del sol, con puertas al público para que se pudiera bailar, con estantes para poner todas sus obras de arte y con techos de chapas de colores que eran tan saturados como las paredes del mismo. Era un camino con casas y barquitos.

—¿Y cómo le ponemos a nuestra obra? —dijo Benito mientras observaba el lugar que acababan de crear.

—Camila y Benito, o podemos fusionar nuestros nombres... —exclamó la niña mientras escribía en el papel y pensaba en voz alta.

—*Caminito...*, no puede ser mejor —respondió el niño con una sonrisa enorme y un brillo en los ojos.

Un día como cualquier otro, la señorita de la casa llamó al niño. Era más temprano de lo habitual, lo cual le

resultó extraño. Cuando llegó a la entrada, se encontró a un hombre alto, con el pelo negro y con unos redondos ojos marrones.

—Benito, el señor Manuel Quinquela está interesado en tu adopción —exclamó la encargada con un gesto de alegría.

El niño estaba confundido, el día anterior vivía con su mejor amiga imaginando historias de barcos y casas de colores, y ahora estaba a punto de marchar a un lugar extraño con un hombre que ni siquiera conocía. Tenía que despedirse de toda la vida que tenía y él no estaba enterado.

—Ve a juntar tus cosas, ya tenemos que irnos —dijo el particular caballero mientras lo miraba con ternura.

Benito entró a la habitación, esperando que Camila no lo viera y que simplemente se olvidara de él cuando ya no estuviera, pero no fue así. Al ingresar vio a su amiga junto a las cajas de cartón y sentada en la alfombra esperándolo para empezar su juego rutinario, pero el niño simplemente esquivó su mirada y siguió caminando con un nudo en la garganta. Comenzó a agarrar sus cosas y giró a ver a su amiga, que seguía esperándolo, cabizbaja. Benito terminó su valija y se puso de pie, pero algo lo detuvo, se tocó la mejilla y estaba húmeda. Sin embargo, entró la señorita y lo tomó del brazo, llevándolo hasta la puerta. Sin poder despedirse, se fue.

Pasaron los años. Benito ya era un adulto y había vivido con sus padres adoptivos desde que había salido del orfanato. Nunca volvió a ver a Camila y sus padres

habían perdido todo contacto con el refugio como para poder llegar a conseguir algún modo de comunicación con la niña. Sin embargo, Benito era un artista y todas sus obras eran barcos, barquitos de colores saturados saliendo del mismo puerto que en su infancia lo había visto crecer.

Una vez Benito estaba en el puerto, acomodando su lienzo para comenzar a pintar, sin embargo, un pequeño papel arrugado junto a sus materiales de trabajo llamó su atención. Lo tomó cuidadosamente y sintió una suave textura rasposa entre sus dedos, se trataba de una servilleta. Sí, la misma, la servilleta de *Caminito*. Benito levantó la mirada, se volteó y vio a La Curva, con la misma apariencia que tenía cuando era niño.

El 18 de octubre de 1959 Benito fundó el famoso “Caminito” (anteriormente conocido como “La Curva”) y, orgulloso de su logro, pintaba ahí diariamente con la vista hacia el puerto.

Un viernes por la tarde, Benito caminaba con un lienzo como cada vez que visitaba “Caminito”. Sin embargo, esta vez al acercarse al banco verde donde siempre se quedaba, encontró a una chica sentada allí, con pelo castaño y pecas sobre una respingada nariz.

Se sentó junto a ella y vio que también tenía un bastidor, estaba pintando casas, casitas de colores. Ella volteó a ver el lienzo de Benito y le sonrió. Se paró y caminó un poco hasta llegar a la esquina de la estructura. Alzó la cabeza y leyó la cartelera: “Caminito”.

Se quedó pensando un poco y se llevó la mano a la boca, incrédula. Se podía apreciar a la distancia una lágrima que resbaló desde sus rizadas pestañas hasta

las pecas de su mejilla. Levantó la mirada, vio a Benito y corrió hacia él para darle un abrazo.

Epílogo: El 28 de enero de 1977 falleció Benito Quinquela Martín, el artista argentino que dejó su talento plasmado en uno de los barrios más reconocidos de Buenos Aires, demostrando su creatividad y originalidad en el mundo del arte.

Rocío **Casares**

.....
Nuestra Señora de la Misericordia

Reflejos en el café

Abrí la puerta, intrigada de cómo podría ser aquella nueva cafetería en Parque Chas. El local era simple aunque encantador a la vista. Tenía unas mesas de madera con servilletas dobladas, hechas con forma de grullas y un papelito que decía la clave del wifi. Había plantas colgadas en el techo de madera, enredaderas preciosas que estaban enganchadas con un pequeño alambre casi invisible para que diese la sensación de que flotaban en el aire. Olía a café, por suerte para mi gusto, no era el olor desagradable de café plástico y dulce como el que compraba mi mamá.

Fui hacia el mostrador para pedir lo que pido siempre, una taza de café negro, con ilusiones de que esta cafetería colombiana, se convirtiera en mi segundo local favorito. El primero quedaba en Mendoza y era insuperable ya que lo hacía mi abuelo.

La chica que estaba atendiendo era simpática, tenía el acento muy marcado y era muy linda. Mientras tomaba mi pedido, me tentó con un roll de canela, dijo que lo hacía ella misma, que no era por presumir, pero que a todos los que lo habían probado les había encantado.

Me senté en una de las mesas con mi café en una mano y el roll de canela en la otra. Deduje que lo primero que probaría sería el roll que tenía una pinta bárbara, ya que además de canela tenía chocolate. Le di el primer mordisco, tentada de tener el mejor postre en las manos, y así fue. El contraste de la canela con el chocolate era perfecto y el sabor de la masa también: tenía

un balance espléndido entre dulce y salado. No había mucho que decir al respecto, era el mejor roll de canela que había probado. Los colores de la canela siempre me recordaban al otoño en Agronomía; el color de las hojas ya caídas de los árboles era demasiado similar a este color canela. También me recordaba levemente a la sonrisa de mi abuela, Irene. Ella para mí es un sol, pero que puede ponerte los puntos si es necesario.

Le di el segundo mordisco y dudé, ya que la semana pasada estaba corriendo por Parque Chas, porque no llegaba a la casa de mi tía, y en el camino paré en un lugar chico, pero con muchas ventanas, a pedir un roll de canela. Había sido maravilloso. Pero desde entonces, no había conseguido ir sin que estuviese cerrado.

Tercer bocado. Ya quería darle un buen sorbo a mi café, cuando entró él. Facundo, un chico del colegio, al que odiaba cual niño odia que le saquen su chupetín. Era la última persona con la que querría compartir mi merienda. Supuse que se sentaría conmigo y que me preguntaría qué tal me había ido en el boletín, para poder reírse de mi bajo promedio, comparado con su insano boletín lleno de dieces. Pero nunca, NUNCA, hubiese podido imaginar que me saludara con la mano, que pasara la barra y que se pusiera el delantal de la anterior chica que acababa de irse. Cuando se puso atrás del mostrador se veía tan... ¿Cómo decirlo? Se lo veía cómodo. Ese espacio parecía tan suyo. Por ese instante, anhelé esa sensación que él transmitía estando ahí parado. Sentí que yo nunca había logrado verme así, encajando.

No me di cuenta de que me había quedado mirándolo a los ojos como si estuviera triste. En un punto,

mi mirada hacia él había pasado del odio a la tristeza. Aparté la cara más rápido de lo que me hubiera gustado hacerlo, pero decidí intentar ignorar la vergüenza y volver la concentración al café.

Levanté la preciosa tacita que parecía hecha a mano, posiblemente de cerámica esmaltada. Tenía flores de colores: tonos verdes, azules, algún que otro tono medio rosáceo. La taza no tenía nada que ver con el contenido. El café era de un color tan oscuro que podía saborear la amargura con tan solo mirarlo. El humito que desprendía venía acompañado de un aroma que me recordaba a las tantas salidas matutinas en las vacaciones con mi abuelo cuando yo era más chica. Él siempre salía con su café negro en la mano y yo con mi jugo de naranja. De vez en cuando, el abuelo me ofrecía su café y yo movía la cabeza con un gesto en la cara, de repugnancia hacia el café, más que nada el negro. Es gracioso...antes no podía ni estar cerca y ahora sin uno de estos cada mañana yo casi que no prendo.

Me hizo sonreír y creo que Facundo, mi compañero, habría pensado que era una clase de admiradora del café, ya que lo tenía en la mano desde hacía como diez minutos. Me di cuenta de esto debido a que me miraba mientras se le escapaba una risita por la boca.

Me dieron ganas de levantarme, tirarle el café en la cara y decirle que me había arruinado la cafetería. Pero volví a mirar el increíble roll de canela casi terminado y mi taza llena de esa bebida que te genera insomnio si te la tomas a las ocho de la noche.

Acerqué la taza hacia mi boca y tomé un leve sorbito. Fue casi como mojar me los labios en el café, pero,

sin pensarlo, me recordó a la risa de mi abuela porteña. Entré en un trance que me llevó a esas mañanas en Mosconi y Nazca en la casa de mi abuela cuando me quedaba a dormir y desayunábamos en la cama juntas. Mi abuelo Pablo nos hacía el desayuno temprano y nos lo dejaba al lado de la cama para el momento en que nos despertáramos. No había cosa más linda que despertarse con mi jugo de naranja, unas galletitas Lincoln, una manzana o banana y de vez en cuando un chocolatito. Mi abuela, por su parte, tomaba un capuchino con unas vainillas, porque a ella le gustaba mojarlas en el café. Además, si era temporada de frutillas, mi abuelo compraba específicamente unas cuantas para mi abuela.

El abuelo nos dejaba una notita a cada una por separado. La de la abuela siempre era algo romántico, yo me reía y me burlaba de que era muy empalagoso como describía su amor hacia ella. Mis notitas eran más simplonas, solían decir “buenos días a la más bella del mundo”, con un dibujito de una flor. Yo era feliz con eso, y siempre, sin excepciones, me ponía a saltar diciendo que era la más bella del mundo. Mi abuela soltaba una carcajada con el capuchino en la mano, y me ofrecía una de sus galletitas, las vainillas, para que volviera a sentarme a desayunar.

Me confundía el hecho de que un sabor me recordara a una risa y que los colores del roll de canela a una estación del año.

Esta cafetería me recordaba constantemente lo que yo era. Todas las vueltas sin sentido que di por este barrio, todas las caminatas circulares, esos momentos en los que estaba perdida... perdida en Parque Chas.

Había entrado ilusionada por encontrar un buen café con facturas ricas, pero al final, me encontré con mi vida reflejada en forma de cafetería. Había encontrado mi lugarcito en Parque Chas.



Luna **Frischmann**

.....
Instituto La Escuelita

Ifigenia

Un día, como siempre, después de haber pedido comida, empieza mi caminata matutina por mi barrio, el barrio Rawson.

Mi paseo comienza por el club Comunicaciones. Se ve bastante lindo, pero jamás entraría a ese lugar, hay demasiada gente. Encima está lleno de salvajes a los que aborrezco. Después sigo por la verde Tinogasta, donde hay hileras interminables de árboles cuyas copas se juntan en el cielo, formando una especie de carpa natural. Siento los rayos de sol que traspasan las hojas de los altos árboles y llegan a mis orejas, iluminándome completamente. Contemplo esa casa llena de colores con un estilo inglés que me gusta mucho, siento que representa al barrio en su mayor esplendor.

Por último, voy a Rayuela, mi café favorito. Me encanta oler las flores que venden cuando María, mi inquilina, me lleva a tomar un café y comer sus medialunas. ¡Cómo lo disfrutamos! Pero hay algo de allí que verdaderamente detesto: son las personas. Me ven, me acarician con sus manos sucias llenas de comida y dicen: “¡Mirá qué lindo gatito!”. Luego me sirven un cuenco de leche. O sea; primero, te estas equivocando porque soy gatita y, segundo, a qué persona tan incompetente le hace pensar que yo querría esa asquerosa leche, que encima después me da gases. ¿Quién se creen que soy? ¿Un perro de la calle que con mimos y un hueso ya está hecho? Si tan linda soy —porque lo soy— dame un exquisito macaron, no esa mugrienta leche.

Después de todo este manoseo, para finalizar, paso por la casa de mi autor favorito: Cortázar. Mi inquieta siempre me lo lee y estoy segura de que es el único ser humano capaz de conocer verdaderamente a los gatos. De pronto, veo pasar a María que me mira riendo y me alza a upa diciendo que no me puedo escapar. Me parece que a esta se le zafó un tornillo, porque la que tiene que cuidarla soy yo, y no al revés. Igual me quedo callada porque ya veo que se enoja, se va y no tengo cómo pagar las expensas.

¿Entienden por qué odio a los humanos? Se piensan que nos mandan a nosotros. Igual, mientras escribo esto, me estoy morfando una medialuna que ella me compró...



Catalina **Aizenberg Giribone**

.....
Escuela N°5 D.E. 17
Cap. Juan de San Martín y Gómez

La leyenda de **Elvira**

En el corazón de Buenos Aires, el Cementerio de la Recoleta es conocido por su belleza y su atmósfera misteriosa. Sin embargo, es también el hogar de una de las leyendas urbanas más intrigantes de la ciudad: la historia de Elvira. Esta joven, famosa por su dulzura y belleza, vivía en una hermosa mansión cerca del cementerio y estaba a punto de casarse con Tomás, su amado. Todos en el vecindario estaban emocionados por la boda, que prometía ser un evento inolvidable.

Pero la noche anterior al gran día, un terrible incendio estalló en su hogar. Se dice que Elvira estaba eligiendo su vestido de novia cuando el fuego comenzó a consumir todo a su alrededor. La joven, desesperada, trató de escapar, pero las llamas la atraparon. Su funeral fue un evento sombrío; el barrio entero asistió y la tristeza se podía sentir en el aire. Nadie podía creer que una tragedia tan grande había borrado la felicidad que todos esperaban.

Con el paso del tiempo, la historia de Elvira se convirtió en leyenda. La gente comenzó a hablar de que su espíritu no había encontrado la paz y que vagaba por el cementerio, buscando a Tomás. En las noches de luna llena, algunos visitantes dicen haberla visto: una figura blanca, etérea, entre las tumbas. Otros aseguran que se puede escuchar un susurro suave en el viento, como si ella llamara a su amado.

Los jóvenes, atraídos por el misterio, comenzaron a visitar el cementerio en busca de la legendaria

aparición. Muchos se reunían en grupos, armados con linternas y valentía, intentando desentrañar el enigma de Elvira. Al caer la noche, el ambiente se volvía tenso y emocionante. Algunos contaban historias de cómo habían sentido un escalofrío o visto una sombra moverse entre las lápidas. Otros, más escépticos, se reían y decían que todo era pura fantasía.

Una vez, un grupo de amigos decidió pasar la noche en el cementerio. Se instalaron cerca de una de las tumbas más antiguas, y mientras contaban historias de miedo, sintieron que algo extraño sucedía. El aire se volvió frío y pesado y una brisa suave pareció acariciar sus rostros. De repente, uno de ellos gritó, señalando hacia la distancia:

—¡Miren!

Allí, entre las sombras, se podía ver una figura vestida de blanco. Todos se quedaron en silencio, con el corazón latiendo rápidamente. La figura se acercó lentamente, y aunque no podían distinguir sus rasgos, sentían una mezcla de miedo y curiosidad. Fue entonces cuando uno de ellos recordó la historia:

—Es Elvira, está buscando a Tomás.

El grupo, paralizado, no sabía si correr o quedarse. Pero la figura, en lugar de asustarlos, parecía triste. Con un gesto, se desvaneció en el aire, dejando solo un rastro de luz y un silencio profundo.

Esa noche cambió a todos. Regresaron a casa con una mezcla de miedo y asombro, sabiendo que habían tenido una experiencia única. Desde entonces, el Cementerio de la Recoleta se convirtió en un lugar de culto para quienes creían en el amor eterno. La leyenda

de Elvira siguió creciendo, recordando a todos que, a veces, el amor puede ser más fuerte que la muerte y que las almas de los que amamos pueden permanecer con nosotros, incluso en el más allá.

Agustín **Armoa Adorno**
Santino Alejandro **Barrionuevo**
.....
Instituto Mercedes Pacheco

Cuatro días en Flores

Bien sabido es que una ciudad tiene varios barrios, sin embargo, esta historia transcurre en el barrio de Flores. Me presento, soy Santiago Juárez, tengo 18 años y viví toda mi vida en Luján. La mayor parte de mi infancia la pasé junto a mi madre, ella me contaba sobre el barrio de Flores, lugar donde había nacido y se había criado antes de venirse a vivir a Luján luego de casarse con mi padre. Una enfermedad mortal acabó con su vida hace ya tres meses. Así que, en su memoria, decidí ir a recorrer el barrio de Flores. Ella siempre me decía que me llevaría, pero ahora que ya no puede, decidí ir por mi cuenta.

Al llegar, me resultó un poco difícil ubicarme en estas calles, pero por fin logré llegar a mi hotel. Dejé mis cosas y decidí ir a pasear por algún lugar, quizás un museo, no lo sabía. Finalmente decidí ir a recorrer la plaza Pueyrredón, que todos aquí conocen como plaza Flores. Era la plaza favorita de mi madre y pensé que sería conveniente que fuera el primer lugar que podría visitar. El lugar me pareció muy pintoresco, sentía el olor intenso del pasto a cada paso que daba, había personas que daban vueltas por todo el lugar, ya sea con sus hijos, con sus perros, con su pareja o incluso ellos solos con tal de disfrutar aquel paisaje. Empecé a sentir frío de repente, el cielo se nubló, las personas desaparecieron, me quedé solo...

—¿Qué está pasando...? —murmuré algo asustado. Di media vuelta y cuando parpadeé, todo volvió

a la normalidad. El cielo soleado, la gente paseando y riendo. “Qué extraño, quizás solo tengo demasiada imaginación”, me dije.

Al segundo día de mi estadía en Flores, me propuse ir a realizar el recorrido turístico, caminé casi por todo el barrio junto a muchos extranjeros o turistas de otras provincias. Pasamos por varios lugares, algunas casonas y otros sitios históricos, entre ellos la Basílica de Flores, que fue fundada en 1806 y actualmente se ubica en el corazón del barrio. Creo haber oído decir al guía que esta iglesia fue la base de la fundación del barrio. Por otro lado, un lugar que logró captar mi interés fue la Plaza del Ángel Gris, donde antes de haber una plaza, se levantaba un centro neuropsiquiátrico, el primero del país.

Luego pasamos por una escuela, “El Hogar Naval Stella Maris”. Su nombre me resultó conocido y luego lo recordé. Mi madre había estudiado ahí ya que su padre trabajaba en la marina y su madre no podía cuidarla. Miré con atención el edificio, era enorme, ocupaba toda una manzana. Eran las cinco y veinte, vi a los estudiantes de secundaria, muchos llevaban un tablero de dibujo técnico en la mano. “Quizás me hubiera gustado estudiar aquí”, pensé. Entre un grupo de chicos, logré divisar una figura oscura y escalofriante, no tenía rasgos faciales ni algo en especial, solo era una sombra que volteó a verme. Me sobresalté y sonrió, un autobús cruzó entremedio de mi vereda y la de los chicos, y la sombra desapareció. Aún algo conmocionado volví con el grupo de turistas, decidí que era mejor ignorarlo, pero no dormí muy bien.

El tercer día salí a desayunar a una cafetería cercana, pedí un cappuccino con dos medialunas rellenas con jamón y queso. Aproximadamente a las once de la mañana decidí ir a un museo, más específicamente, al Museo de Flores, el primer museo de la ciudad basado en un barrio. Allí se cuenta un poco sobre la historia desde los comienzos de este barrio que cuenta ya con doscientos dieciocho años. Estando allí me sentí algo mareado, me dirigí al baño y me apoyé en el lavabo, pero no vomité nada. Me calmé un poco, me lavé la cara para refrescarme.

Levanté la cabeza e inevitablemente miré mi reflejo en el espejo que tenía frente a mí. Me dio un escalofrío al ver una figura más aparte de mi reflejo, no era otra persona, aunque yo me encontraba apoyado en lavabo, había otra persona exactamente igual a mí detrás, viéndome fijamente. Me quedé quieto unos segundos hasta que entró alguien más al baño, volteé a ver la puerta y cuando miré de nuevo al espejo, la figura idéntica ya no estaba. El hombre que entró me vio algo perturbado y me preguntó:

—¿Estás bien?

Algo nervioso le contesté.

—S-sí...sí, claro, no pasa nada...

Traté de calmarme y salí del baño, caminé hasta la salida sin quitarme de la mente el anterior suceso.

Me dirigí a mi hotel tratando de encontrar una explicación. ¿Estaría enfermo? ¿Tendría fiebre? Me medí la temperatura, era normal. Quizás solo había visto mal, tal vez era otro chico y mi imaginación me hizo creer que era igual a mí. No, imposible, cuando volteé no ha-

bía nadie más allí. Ya sé, de seguro había sido un espejo roto, yo no lo noté y por eso lo confundí, pero solamente me estaba reflejando doblemente. Sí, seguro era eso. Me fui a dormir repitiendo esa excusa en mi mente como para creérmela, porque yo mismo en el fondo aún no me convencía.

El cuarto día no salí hasta tarde, me quedé toda la mañana en el hotel, descansando, pero a la tarde me aburrí y, mientras navegaba por internet, descubrí un lugar interesante en Flores, Aeropark. Me bañé, me puse ropa cómoda, preparé mi mochila y una vez listo me fui caminando a aquel lugar.

Partí alrededor de las cinco de la tarde. Para mi mala suerte me perdí, mi teléfono se había quedado sin batería y estaba en una calle desconocida. Serían aproximadamente las diez de la noche, la calle por la que caminaba se encontraba desierta. En ese momento vi unas enormes paredes de ladrillo y cemento. Era el cementerio. Ingresé en el lugar con la esperanza de que hubiera algún encargado o alguien que pudiera ayudarme, me adentré por los caminos poco iluminados, con faroles rotos y repletos de tumbas alrededor. En ese instante escuché un sonido, así que volteé y mi mirada descubrió en la oscuridad una especie de silueta sentada sobre una lápida. Era la misma sombra que había visto junto a los chicos frente al colegio. Miré por el rabillo del ojo y logré divisar otra silueta observándome detrás de un árbol. Me quedé paralizado, se me erizó la piel al darme cuenta de lo real que era la situación, no supe cómo reaccionar y para cuando me di cuenta, sentí la presencia de algo o alguien acercándose, me dio

un escalofrío en la espalda al sentir la respiración de alguien cerca de mi oído, finalmente me susurró con una voz apenas audible:

—Te tengo.

Entonces salí corriendo, corrí como nunca antes había corrido, me alejé hasta perder la sensación de que me estaban persiguiendo. La adrenalina me hizo correr sin parar ni desacelerar hasta que mis piernas no soportaron más y me caí. Cansado y con el corazón acelerado me paré. Mi alivio fue enorme al encontrarme frente a un supermercado que decía: “Abierto 24hs.” Entré y le pregunté al cajero si conocía el “Apart hotel” y si podía ayudarme a regresar. Amablemente el chico me dio las indicaciones de cómo llegar.

Cuando finalmente volví, no pude dormir, la adrenalina que aún me quedaba no me lo permitía, en su lugar, me pasé la noche empacando para, a la mañana siguiente, partir de vuelta a Luján. Estaba hartito.

Ya tengo veintiocho años y, hasta el día de hoy, me causa escalofríos recordarlo.

Olivia Luz **García**
Kiara Celeste **García Cabrera**

.....
Escuela N°9 D.E. 11 - José María Paz

“Sanilatac sal ed oiretnemec le”

Soy Fausto, me gusta tocar la guitarra, me gusta compartir con amigos y mi sueño es ser músico como mi ídolo, Gustavo Cerati. Vivo en Villa Urquiza, en una zona tranquila, con mi mamá, Vanesa y mi papá, Adrián. Como muchos jóvenes de hoy en día, es normal que sea adicto a la tecnología y aunque no me va mal en el colegio, mi mamá insiste en que “desconecte un rato” y siempre me dice: “En mi época no tenía la posibilidad de usar la tecnología” pero bueno, esos comentarios me pasan de largo.

Un martes volviendo del colegio con unos amigos, se nos ocurrió ir a una plaza cerca de casa, la plaza Marcos Sastre. Creí que no iba a haber problema porque faltaba aproximadamente una hora para mis clases de guitarra, así que dejé las cosas en mi casa, agarré una pelota y le conté a mamá el plan que tenía. Su cara brillaba de felicidad y sin dudar lo aceptó.

Pasaron los días y meses, y ya era costumbre que tres o cuatro tardes a la semana, mis amigos y yo fuéramos a pasar el tiempo a esa plaza, jugando al fútbol en el pasto fresco, a las escondidas entre los árboles y las plantas o disfrutando de unos simples mates al rayo del sol.

Para las vacaciones de invierno mis amigos se fueron, ya sea a la costa, a Córdoba o al sur. Yo me quedé acá. Sin amigos, lo único que pude hacer fue usar el teléfono y jugar a la play. Otra vez la misma situación,

no quería salir de casa. Jugar con la tecnología era una adicción, no lo podía controlar, pero es cierto que a veces me daba cuenta de lo aburrido que era.

En la última semana decidí que ya era tiempo de tomar aire fresco y por eso fui a la plaza. Al llegar noté algo raro. NO HABÍA NADIE. Solo un señor mal vestido y con aspecto de vagabundo, sentado en un banco de madera viejo y húmedo. Aunque se podría entender que nadie estuviera allí, ya que estaba oscuro y fresco y encima era tarde, nada podía explicar lo del señor, ya que estaba duro como el tronco de un árbol, no les voy a mentir, tenía miedo, pero también tenía muchas ganas de jugar con la pelota. El viento soplaba, los árboles se agitaban y se sentía un clima de inquietud, el señor seguía inmóvil, pero en lo que me despití mirándolo, no controlé la pelota y rodó hacia el hombre. Con cada paso que daba hacia el señor los nervios iban creciendo. Cuanto más me acercaba, más fuerte escuchaba voces, voces que no se entendía lo que decían, pero se notaba que estaban desesperadas.

Le iba a pedir disculpas al señor pero antes de que las palabras salieran de mi boca, me dijo:

—Vos también las escuchas, lo noto.

“¿Qué?!” pensé, no sabía que hacer. Lo único que se me vino a la mente en ese momento fue ignorarlo.

—Te cuento —me dijo— en 1874 esto fue un cementerio, “el cementerio de las Catalinas”, un cementerio chico pero de lujo, siempre fue oscuro y tenía un aspecto abandonado. Nunca vi ningún niño pasando por él. Pero 1908 fue clausurado ya que el pueblo fue creciendo y los vecinos nos empezamos a quejar. Los

fundadores estaban decididos a que el cementerio se convirtiera en una plaza. Para esto los cuerpos de los fallecidos fueron removidos y trasladados al cementerio de Chacarita, pero dicen que algunos quedaron acá. Esto retrasó la inauguración de la plaza, pero lo más oscuro y escalofriante de esta historia es que mientras tanto, personas aseguraban que veían fantasmas, fantasmas altos, blancos y aulladores, la gente usaba todo tipos de métodos para ahuyentar a los fantasmas, pero éstos resistieron todo lo que pudieron.

—¿Y cuándo se fundó la plaza?

—Bueno, la plaza se fundó en 1946 tras una larga lucha por que se disolviera el cementerio, todavía me acuerdo de ese día.

—¿De dónde provienen las voces? —le pregunté, curioso.

—Son las voces de los muertos que están desesperados por que los recuerden, pero muchos de ellos solo lo hacen para que sientas miedo, terror, frío. Hacen todo lo que está a su alcance para que te vayas y no vuelvas.

Sin perder el miedo de que me pasara algo me levanté del banco donde estaba sentado el señor. Tenía los pantalones mojados por la humedad y partí lo más rápido que pude, pero disimuladamente, hacia mi casa. Caminé unos metros pensando que me había liberado del señor hasta que me preguntó mi nombre.

—Fausto —le dije dudando—, ¿y el tuyo?

—Amsatna Foy —respondió.

No lo saludé, y casi corriendo fui a mi casa.

Mis amigos volvieron y seguimos yendo a la plaza

como de costumbre, no les conté nada de lo que había experimentado, ni lo de las voces, aunque por suerte no las volví a escuchar.

Los años pasaron, terminé la secundaria, fui a la universidad y tuve hijos, Nico y Gaspar. Yo los llevaba a la misma plaza a la que iba yo con mis amigos. La primera vez que los lleve fue un mes de marzo, pero no fue normal porque ni bien puse un pie sobre esa plaza sentí algo familiar: una inquietud, una inseguridad, un frío. Era lo mismo que había padecido aquella vez en la que había escuchado voces, y para mi sorpresa ese día también las escuché. Cada paso que daba escuchaba los gritos de agonía y dolor o de furia y rencor de los muertos. Desde ese día cada momento en el que estoy en esa plaza con mis hijos, las escucho pero lo disimulo para no alarmarlos.

Al poco tiempo mis hijos ya eran padres y yo un abuelo, mi deseo desde que tengo desde los doce años. Para ese entonces toda la familia estaba entera de lo sucedido en la plaza y de las voces que había escuchado. Yo me alejé unos kilómetros de la ciudad y comencé a vivir en el campo. Siempre que mis nietos vienen a casa me piden que les cuente la leyenda de la plaza Marcos Sastre y siempre les digo lo mismo, que un señor que era del barrio me contó que la plaza era un cementerio, etc. Pero un día mi nieta Agustina, la más chiquita, con solo siete años, le surgió una duda relacionada a esto: “¿Cómo seguía vivo el hombre, abuelo?, si era de 1870, ¿cómo hizo para contarte la historia del cementerio en 2024?”. Luego de esto me empecé a cuestionar todo lo que tenía que ver con lo que pasó ese día y lo que me contó el señor, las voces, los fantasmas,

etc. Lo que más me causaba preguntas era el nombre del señor. Entonces, me metí al baño, me miré al espejo y pronuncié su nombre, AMSATNA FOY.

Fausto **Bravo**

.....
Instituto Saint Jean

En mi barrio se florece

A veces escucho a la gente decir que “en la villa la vida es dura”, pero para mí es un lugar lleno de aventuras. Cuando salgo de casa me encuentro con el ruido de los pasillos, las risas y los gritos que son como la música de todos los días, como si el barrio hablara.

Mi tía Flora, que ya está viejita, me contó que allá por 1940, cuando ella todavía era bebé, al Playón de Fraga empezaron a llegar familias migrantes que buscaban mejores oportunidades de trabajo. Con el correr de los años “El playoncito de Fraga” siguió creciendo, pero no estaba diseñado como la mayoría de los barrios de la ciudad, acá no hay manzanas, las familias iban armando sus casas como querían y, como no había servicios, un poco la vida se complicaba. En 1990, cuando yo todavía no había nacido, el Playón de Fraga se reconoció como parte de la Villa 21-24 con miles de familias viviendo en ella.

A veces me imagino que puedo viajar en el tiempo para ver cómo era antes mi casa, ahora hay calles de cemento, y casi todos tienen agua y electricidad, pero no hay gas. Y a pesar de eso, la tía Flora se las arregla para hacer unas tortas fritas que son increíbles, cuando las mordés sentís ¡ese gustito! Se me hace agua la boca de solo pensarlo.

A veces me asomo por la ventana de mi casa y veo a la gente trabajar en lo que pueden. Mi mamá trabaja fuera del barrio y siempre vuelve con una sonrisa,

aunque a veces se le nota el cansancio.

Mi barrio es un laberinto de colores. Las casas son chiquitas, están pegadas unas a las otras y hay paredes llenas de grafitis que cuentan historias. A la mañana, bien tempranito, se siente el olor del pan recién horneado de Doña Eli. Ella siempre se levanta antes que nadie porque el pan tiene que estar listo a primera hora.

En “la villa”, como le dicen, las historias flotan en el aire como humo a la deriva. Una vez escuché a un viejo decir que hace muchos años hicieron una fiesta y llenaron el cielo de estrellas con luces de colores. Desde entonces, cada vez que hay una fiesta el barrio se vuelve a llenar de estrellas y la gente sale para reunirse a bailar y reírse. En esos momentos siento que el barrio se transforma en un lugar mágico, donde los problemas se van por un rato.

Sin embargo, no todo siempre es alegría, a veces la realidad nos golpea. Las noticias en el barrio son difíciles de escuchar. Muchas veces se van amigos y amigas buscando mejores oportunidades, pero siempre vuelven aunque sea de visita, trayendo historias y recuerdos que nos unen aún más.

Cuando la tarde se va apagando, es difícil salir a jugar porque el barrio se pone peligroso, muchas veces se pelean y hay disparos en el aire, otras, entra la policía a revisar casas (allanamientos les dicen) y se arman unos líos bárbaros. A mí y a mis amigas nos da bastante miedo. Algunas veces se arma tanto que nos escondemos. Entonces, esperamos ansiosas el fin de semana para poder juntarnos a la hora de la siesta en la canchita

o la plaza, también van los chicos, pero siempre están jugando al fútbol.

Una tarde, mientras caminaba con mi amiga Sofía, nos encontramos con una viejita que vendía flores. Sus ojos tenían mucha sabiduría. Nos miró y nos dijo: “Las flores son como nosotros, a veces crecen en terrenos difíciles, pero siempre encuentran la forma de florecer”. Me quedé pensando en sus palabras, en como en la villa también florecemos a pesar de vivir en un suelo difícil.

La vida en el Playón de Fraga no siempre es fácil, pero es mi vida. Acá, cada rincón tiene una historia; cada persona, un personaje, y yo soy parte de este cuento en el que todos y todas tenemos la posibilidad de florecer, porque mientras haya risas, sueños y amigos, sé que todo estará bien.



Solange Luján **Chávez Castro**

.....
Escuela N° 18 D.E. 14
Cabildo de Buenos Aires

Índice

Historias entrelazadas.....	11
Catalina Litwin y Marina Ohania	
Flores entre recuerdos.....	13
Lionel Radhames Díaz y Max Fernando Muñoz Huaman	
La música que llevamos dentro.....	17
Teresita Andreone	
Casitas y barquitos.....	20
Rocío Casares	
Reflejos en el café.....	26
Luna Frischmann	
Ifigenia.....	31
Catalina Aizenberg Giribone	
La leyenda de Elvira.....	33
Agustín Armoa Adorno y Santino Alejandro Barrionuevo	
Cuatro días en Flores.....	36
Olivia Luz García y Kiara Celeste García Cabrera	
Sanilatac sal ed oiretnemec.....	41
Fausto Bravo	
En mi barrio se florece.....	46
Solange Luján Chávez Castro	

BA